Manuel Fernández de la Puente y Francisco de Torres

LA ALEGRE JUVENTUD

Sainete lírico en dos actos, divididos
en cinco cuadros, original y en prosa

MÚSICA DE LOS MAESTROS

ALONSO Y BELDA

Copyrhigt by the autors

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, 24
1929

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays y compris la Suéde, la Norvége et la Hollande.

LA ALEGRE JUVENTUD

Sainete lírico en dos actos, divididos en cinco cuadros, original y en prosa de

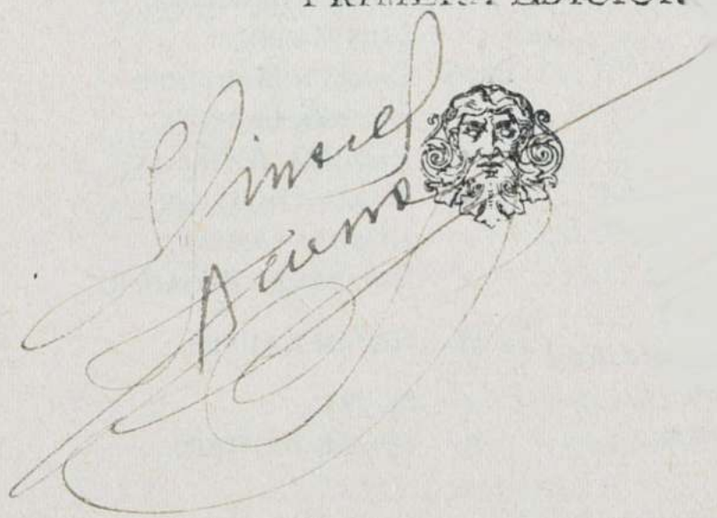
Manuel Fernández de la Puente y Francisco de Torres

MÚSICA DE LOS MAESTROS

ALONSO Y BELDA

Estrenada la noche del 9 de abril de 1929 en el teatro del Centro de Madrid.

PRIMERA EDICION



MADRID

IMP. DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

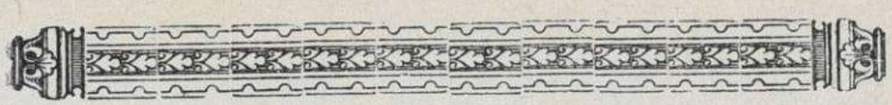
LIBERTAD, 16 DUPDO., BAJO

1929

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Carmen Romero	SRTA. CÁNDIDA SUÁREZ.
Pepita Martínez	» JULIA GARCÍA.
Carolina Jiménez	» AURORA PERIS.
Matilde González	» MARINA VERA.
Rosa Lizón	» FANNY OLIVARES.
Doña Teresa	» VICTORIA ARGOTA.
Juana Pérez	» MATILDE GÓMEZ.
Una pobre	» ISABEL MURO.
Pepe Catunio	SRA. BLANCA SUÁREZ.
Luis Quintana	D. EDUARDO GÓMEZ.
Julio Ferrer	» CONSTANTINO PARDO.
Andrés Martínez	» ENRIQUE RAMOS.
Don Rufino Ferrer	» MARIANO AZNAR.
Antonio Parra	» FEDERICO DIAGO.
Pedro Nevado	» JESÚS MENÉNDEZ.
Manolo García	» TOMÁS GONZALEZ.
Mariano López	» LUIS GAGO.
Estudiante, mujer 1.ª	SRTA. CARMEN MARTÍNEZ.
Idem, id. 2.ª	» JACINTA LACASTA.
Idem, id. 3.ª	» PAQUITA ARTEAGA.
Estudiante, hombre 1.º	» MARÍA HIDALGO.
Idem, id 2.º	» JUANITA CINTAS.
Idem, id. 3.º	» ESPERANZA REGADERA.
Un ciego / *Un vendedor de periódicos.*	D. JULIÁN BAUTER.
Un bedel (no habla)	» N. N.
Un sacristán (idem).	» JULIÁN BAUTER.

Estudiantes (mujeres y hombres), maquinistas, guardarropas y público.



ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Vestíbulo o zaguán de la Universidad de Madrid, visto desde la puerta de entrada. Al fondo el arco que da paso a la galería baja y la escalera de subida al piso principal. En los dos lienzos de pared del arco, tablas con los anuncios de Secretaría, Rectoral, Decanatos, etc., etc. Es de día.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón se ve en escena, formando grupos, a los siguientes interlocutores: a la derecha, MATILDE GONZÁLEZ, ROSA LIZÓN y MARIANO LÓPEZ, que las saluda cuando lo indique el diálogo; a la izquierda, JUANA PÉREZ y ESTUDIANTES MUJERES 1.ª, 2.ª y 3.ª; en el centro, ESTUDIANTES HOMBRES 1.º, 2.º y 3.º, y al empezar la conversación entre ellos, CATUNIO, que viene de la calle; MANOLO GARCÍA, leyendo los anuncios, así como otros estudiantes de uno y otro sexo que pasan a la galería o salen de ella o forman grupos en escena. Luego, CARMEN ROMERO.

Música.

PEPE. ¡Salud compañeros!
EST. H. 1.º ¡Gran Pepe, salud!
PEPE. Estáis rozagantes.
EST. H. 2.º Lo mismo que tú.
PEPE. Se ve que el verano
os prueba a los tres.
EST. H. 3.º Y a ti la vagancia
te sienta muy bien.

MARIANO. ¡Hola, Matilde!
MATILDE. ¡Hola, Mariano!
MARIANO. ¿Ya con los libros?
MATILDE. Este he comprado.
MARIANO. ¿Y cuánto vale?
MATILDE. Un dineral.
¡Treinta pesetas!
MARIANO. ¡Qué atrocidad!
MANOLO. Con la hora de clase
me matan a mí:
la han puesto a las once;
no puedo dormir.
TODOS. (Viendo entrar a Carmen Romero.)
¡Carmen Romero!
CARMEN. Carmen Romero,
saluda a todos
sus compañeros.

—

Por amor a la Ciencia,
quise ser estudiante,
y no temo a la burla
que algún ignorante,
de mí quiera hacer.
Yo soy muy femenina;
es mi afán divertirme;
pero creo en conciencia
que debo instruirme,
aunque soy mujer.

—

Yo estudio filosofía,
y no hay alegría
mayor para mí
que verme aquí,
donde siento
un mágico aliento
que nunca sentí.

¡Ah!
Mujeres...
Mujeres hay que cumplen sus deberes,
y estudian,
y encuentran en la Ciencia mil pla-
[ceres.
Mujeres...
Mujeres que, conscientes de la vida,
y aun siendo el matrimonio su ilusión,
hoy ven en el saber su porvenir,
con razón.
TODOS. Mujeres...
Mujeres hay que cumplen sus deberes,
y estudian,
y encuentran en la Ciencia mil pla-
[ceres.
CARMEN. Mujeres...
Mujeres, que si el caso lo requiere...,
su vida por amor
dan las mujeres.
(A un tiempo.)
HOMBRES. Mujeres...
Mujeres, la obra magna del Creador.
MUJERES. Mujeres...
Mujeres, siempre esclavas del Amor.

Hablado.

PEPE. Y pasaron las vacaciones, y ya estamos reunidos otra vez.
CARMEN. Y a comenzar un nuevo curso.
MATILDE. ¿Qué tal el veraneo, Carmencita?
CARMEN. Delicioso, querida Matilde. Ese San Sebastián es encantador.
MATILDE. ¿Irías en auto, como todos los años?
CARMEN. Sí; con mi padre. Y en auto hemos vuelto también.
PEPE. Magnífico Roll; ya le veo a la puerta.
CARMEN. No creáis que vengo en él para dar-

me tono. Es cosa de papá que se empeña en que he de usarlo yo. Y vosotros, ¿donde habéis pasado el verano?

MATILDE. Yo no me he movido de Segovia.

CARMEN. ¿Y tú, Pepe?

PEPE. Yo, en Toledo con mis queridos progenitores. Como el pasado curso me catearon... pues castigo de parrilla. ¡Porque cuidado si hace calorcito en mi pueblo!

CARMEN. Pero hombre, por ser la primera vez, debieron indultarte.

PEPE. Es que era reincidente.

MATILDE. ¿Sí?...

PEPE. El año anterior me catearon también.

CARMEN. ¡Hombre, hombre!...

PEPE. Pero no creáis que en las mismas asignaturas, ¿eh? La primera vez fué en el preparatorio de medicina. Me tiraba más el paraíso del Real, que el anfiteatro de San Carlos.

MATILDE. ¿Y el año pasado?

PEPE. El año pasado fué en el preparatorio de Ciencias exactas. No asistí a clase con exactitud... y.. ¡velay! como dicen en Valladolid.

CARMEN. ¿Y este año para qué te preparas?

PEPE. Pues me preparo para recibir la paliza de mi padre.

CARMEN. Habla en serio, hombre.

PEPE. Pues me he matriculado en las tres asignaturas comunes a los preparatorios de Derecho y Filosofía, ¿Que salgo bien? Derecho. ¿Que me suspenden? Filosofía.

CARMEN. Eres un taravilla.

PEPE. Y vosotras en el último año de la carrera, ¿no es así?

MATILDE. Así es.

PEPE. Y siempre con matrícula de honor.

CARMEN. Como debe ser.

PEPE. Claro. Si no os preocupáis vosotras del honor, ¿quién va a preocuparse?

MATILDE. ¡Que te la ganas!

ROSA. Oye, preséntame a tus compañeros.

MATILDE. Perdona, mujer. Tengo el gusto de presentaros a mi amiga y paisana, Rosita Lizón.

ROSA. Servidora de ustedes.

MATILDE. Mi compañera Carmen Romero.

CARMEN. Una amiga más.

(Le da la mano).

MATILDE. Y el estudioso joven Pepe Catunio.

PEPE. Otro amigo más.

ROSA. Tantas gracias.

PEPE. ¿Con que es usted de un pueblo de Segovia?

ROSA. Sí, señor. Papá es el alcalde.

CARMEN. ¿Y es usted hija única?

MATILDE. Son cuatro hermanos y los cuatro estudiantes.

PEPE. ¿Y qué estudian?

ROSA. Pues el mayor para médico; yo para boticaria; el tercero para cura, y el cuarto...

PEPE. Para recaudador de contribuciones, y así se reparten el pueblo entre todos.

MATILDE. ¡Pepe!...

CARMEN. Oye, ¿por qué no te dedicas a escribir un libro de chistes?

PEPE. Toma, pues si no he hecho otra cosa en Toledo durante el verano, y para que veáis si os aprecio, voy a daros las primicias de él.

CARMEN. No, no te molestes.

PEPE. Os advierto que es cosa que interesa

al gremio. (Llamando.) ¡Manolo! ¡Juana! ¡Mariano! (Saca unos papeles del bolsillo.)

MANOLO. ¡Poesías no!

JUANA. ¡Discursos no!

MARIANO. ¡Sablazos no!

PEPE. Atención, que voy a daros breve y sucinta idea de un epítome salido de este privilegiado cacumen: *Catecismo del Estudiante*. ¿Cuántos son los enemigos del estudiante?

MARIANO. Tres: mundo, demonio y carne.

PEPE. Esos son los del hombre. Los enemigos del estudiante son otros tres.

MARIANO. ¿Cuáles son?

PEPE. Los tres catedráticos que forman el tribunal de exámenes.

CARMEN. No está mal del todo.

PEPE. Y las virtudes teologales, ¿cuántas son? (Con tonillo de escuela.)

MONOLO. Yo no me acuerdo. (Con tonillo.)

MARIANO. Ni yo tampoco. (Idem.)

JUANA. Fe, Esperanza y Caridad.

PEPE. Las del estudiante no son más que fe y esperanza.

MATILDE. Pues, ¿y la caridad?

PEPE. Eso es cosa de los profesores.

MANOLO. ¿Y los pecados capitales?

PEPE. Son siete. Id contándolos: el bar, el billar, el cine, el super, la Bombi, la parada y doña Pepita...

TODOS. (Menos las mujeres.) ¡Bravo, bravo!

CARMEN. Oye, ¿y quién es doña Pepita?

PEPE. ¡Cómo se conoce que tienes auto! La dueña de un establecimiento donde se pignoran libros de texto.

CARMEN. ¿Pero también se empeñan los libros?

PEPE. ¡Ay! ¡Y la respiración!

MANOLO. Oye, oye, ¿y dónde la toman?

PEPE. Silencio en las filas. Y, por último, ahí van en aleluyas las obligaciones del cristiano, digo del estudiante. ¡Preparados!

MARIANO. Ya lo estamos, ya.

(Todos los estudiantes hombres se encajan los sombreros, se abrochan las americanas y algunos se suben las mangas como preparándose para entrar en pelea.)

PEPE. (Con tonillo.)

Todo buen estudiante,
así que se levante,
está en la obligación
de estudiar la lección,
y al salir de su jaula
venir derecho al aula,
y no faltar a lista
por mor de una modista,
que luego el catedrático,
aun siendo muy simpático,
el día que examina
te da contra una esquina,
y a casa luego vas
y llueven *gofetds*.

TODOS. ¡Que llueva, que llueva,
la Virgen de la Cueva!

MARIANO. ¡Viva Catunio!

MANOLO. ¡Que le den el premio Nobel a Catunio!

PEPE. ¡Eh, quietos, quietos, bárbaros!

TODOS. ¡A mantearle, a mantearle!

PEPE. ¡Socorro! ¡Socorro!

(Se van por detrás del arco del fondo todos los estudiantes hombres y algunas muchachas, siguiendo a Pepe, y se ve también cruzar por el foro un par de Bedeles, atraídos por el jaleo.)

ESCENA II

CARMEN, MATILDE, ROSA y ANDRÉS.

CARMEN. Este Pepe Catunio es el Charlot de la Universidad.

MATILDE. Desde mañana, aquí nos reuniremos todos l s días.

CARMEN. Yo he venido hoy por ser principio de curso y para enterarme de las horas de clase.

MATILDE. Y yo.

ANDRÉS. (Es un obrero; viste traje de americana y no llevará corbata. Usa gorra. Entra en escena muy decidido por primer término izquierda; mira a todos lados y al ver a Carmen se dirije a ella.) Señorita Carmen, ¿me hace usted el favor?

CARMEN. ¡Andrés! Con vuestro permiso. (Esto a las amigas, separándose del gupo.) ¿Tú por aquí?

ANDRÉS. Buscando a un individuo que no encuentro. ¿Usted le ha visto entrar?

CARMEN. ¿A quién? ¿O es que me tomas por adivina?

ANDRÉS. Tiene usted razón; pero es que estoy tan excitado, tan...

CARMEN. Ya, ya lo veo. Y lo primero que debes hacer es calmarte.

ANDRÉS. Eso se dice muy fácilménte, señorita, más si supiera usted como se me altera la sangre por culpa de ese mal hombre.

CARMEN. ¿Y quien es ese mal hombre?

ANDRÉS. ¡Quién va a ser! El señorito Julio.

CARMEN. ¿Julio Ferrer, el que fué vuestro huesped, el novio de tu hermana? Pues no le he visto, no.

ANDRÉS. ¡Novio de mi hermana, dice usted! El

miserable que durante cinco años la hizo creer que se casaría con ella, y al acabar las oposiciones se fué a su pueblo, y ahí queda eso. ¿Está bien que se destroce así el corazón de una pobre muchacha?

CARMEN. Tienes razón; mal se ha portado Julio con Pepita.

ANDRÉS. Como un perro. Porque hay que ver que si él acabó la carrera y ganó las oposiciones, a ella más que a nadie se lo debe.

CARMEN. Ya lo creo que sí. El no es torpe, pero su voluntad para el trabajo no ha sido nunca mucha.

ANDRÉS. Pero ella le animaba, usted lo sabe; ella le hacía ver la satisfacción de sus padres cuando terminase su carrera...

CARMEN. Sí, sí; ella le abría los ojos a la luz de la verdad y el corazón a la esperanza; ella le inculcó el amor al estudio.

ANDRÉS. Ella pasó muchas noches en vela, muchas estudiando con él y atendiéndole como una madre. Y el pago es: marcharse al pueblo una vez ganadas las oposiciones, y dejar pasar más de seis meses sin escribirle una sola carta.

CARMEN. ¡Pobre Pepita! ¡Ella que estaba realmente enamorada de Julio!

ANDRÉS. ¿Desde cuándo no la ve usted?

CARMEN. Hará cuatro o cinco meses, desde que ella abandonó los estudios.

ANDRÉS. ¡Pues si la viese usted ahora, señorita...! No es la misma: aquel jilguerillo que alegraba la casa con su preciosa voz ya no canta.

CARMEN. ¿Y ella le ha escrito a él?

ANDRÉS. Varias veces, pero el muy canalla, ni siquiera se da por enterado. Por eso, al verle entrar aquí, se me ha revuelto la sangre, y si le alcanzo, crea usted que hago un desatino.

CARMEN. ¿Pero tú le has visto realmente entrar en la Universidad?

ANDRÉS. Verá usted: yo venía en la plataforma anterior del tranvía que baja de Quevedo a Sol, a cumplir un encargo del ingeniero de la fábrica donde trabajo, cuando ya cerca de la Universidad, veo pararse a la puerta un taxis del que descendió un individuo que juraría es nuestro hombre, y el cual se metió aquí como una exhalación.

CARMEN. ¿Y no le habrás confundido con otro?

ANDRÉS. Dificilillo sería; pero el caso es que él no parece, y mi recao es urgente y no quisiera marcharme sin averiguar por lo menos, donde para en Madrid.

CARMEN. Pues deja eso a mi cuidado, y vete tranquilo. Si está aquí, yo me encargo de verle, de hablarle y de cuanto sea preciso.

ANDRÉS. Señorita Carmen...

CARMEN. Vete, hombre, vete. Ya sabes que por Pepita sería yo capaz...

ANDRÉS. En usted confío.

CARMEN. Y haces bien.

ANDRÉS. Y vaya usted a ver a mi hermana, señorita Carmen. La pobre necesita mucha distracción para que se le quite eso de la cabeza.

CARMEN. Iré esta misma tarde, o mañana.

ANDRÉS. Dios se lo premie a usted, y hasta la vista, señorita.

CARMEN. Adiós, Andrés.

ANDRÉS. Lo que daría yo por encontrarme cara a cara con ese hombre.
(Se va por primera izquierda.)

ESCENA III

CARMEN, MATILDE, ROSA, PEPE CATUNIO y MANOLO.

CARMEN. Pobre Pepita. Ese Julio Ferrer no tiene perdón de Dios.
(Se reúne con Matilde y Rosa. Salen por donde se fueron, Manolo y Pepe Catunio. Este trae roto el sombrero desanudada la corbata y desabrochado el cuello de la camisa. Durante el diálogo va arreglándose.)

PEPE. Sois muy bárbaros; me habéis deshecho un ala y un alón.

MANOLO. Has tenido un verdadero éxito con el epitome.

CARMEN. Voy un momento a Secretaría.

MATILDE. Y yo contigo.

ROSA. Y yo.

CARMEN. Pues vamos allá. (Si Julio ha entrado aquí, en Secretaría está seguramente.)
(Se van las tres por el foro izquierda.)

ESCENA IV

PEPE CATUNIO, MANOLO GARCÍA, MARIANO LÓPEZ, LUIS QUINTANA, JUANA PÉREZ y ESTUDIANTES de uno y otro sexo.

MANOLO. ¡Eh, tú, Catunio! Mira qué calcomanía! (Por Quintana.)

PEPE. ¡Vaya un tipo!

MANOLO. Tú que eres de Toledo, fíjate. ¿No será el Greco?

PEPE. ¡Qué va a ser el Greco! Es un felpudo.

MANOLO. ¿Será estudiante?

MARIANO. O un nuevo catedrático.
PEPE. O un enviado de los Soviets.
MANOLO. Lo mejor es que se lo preguntemos.
PEPE. Sí, hombre, sí; vamos a preguntárselo.

Música.

ESTUD. ¿A quién tenemos el honor de salu-
[dar?
QUINT. A un licenciado que se viene a doc-
[torar.
ESTUD. Pues en su casa desde ahora se halla
[usted.
QUINT. Ya lo sabía, muchas gracias.
ESTUD. No hay de qué.

—

ESTUD. Dadaísta debe ser,
o cubista este señor.
QUINT. Soy un poeta,
lo mejor de lo mejor.

—

ESTUD. ¿Con que viene a doctorarse?
QUINT. A eso vengo a no dudar,
y a echar ídolos por tierra.
ESTUD. Pues ya puede comenzar.

I

QUINT. Alfonso X, el sabio,
Berceo y el de Hita,
a mi como poetas
me crispan por igual.
¿Quién fué Jorge Manrique
y el pobre Juan de Mena?
¿Y quién es Santillana?
ESTUD. ¡El amo del Canal!

QUINT. Entrambos Argensolas,
Rioja y Garcilaso,
Fray Luis el de Granada,
Fray Luis el de León,
conmigo comparados
quedan todos achicados.
Y que no soy un camelo
aquí juro por mi abuelo...
ESTUD. ¡Y por la Constitución!

—

QUINT. Al ver mi saber
sobrenatural,
exclama la gente:
¡Qué animal!
¡Yo en mi vida ví
caso mas bestial!
¡Es un tío brutal,
con una testa
piramidal!
ESTUD. Al ver su saber,
sobrenatural,
exclama la gente:
¡Que animal!
QUINT. ¡Soy... el Megaterio,
y lo digo en serio!
ESTUD. ¡Es fenomenal!
¡Bestial!

II

QUINT. Quevedo y Buscarini
y Góngora y Cervantes,
y Tirso de Molina
y Lope y Calderón,
por soles se tuvieron,
mas luz escasa dieron.
¡Yo si, que soy un astro!

ESTUD. ¡Usted es Flammarión!

QUINT. El verso de Quintana,
de Rivas y Espronceda,
Bretón, Ayala y Bécquer,
por malo me apestó.
De todos yo reniego,
y no quiero ser Gallego,
ni Galán el de Castilla,
ni tampoco ser Zorrilla,

ESTUD. Eso mismo digo yo.

—

QUINT. Al ver mi saber
sobrenatural...
Etc. etc

(Hablado.)

PEPE. Con que..., ¿a estudiar a Madrid?

QUINT. A cumplir la estatuída imbecilidad de los exámenes. Yo no necesito estudiar para saber más, mucho más que los ignorantes que forman el claustro de profesores.

PEPE. ¡Atiza! Usted es una alambrera, digo, una lumbrera.

QUINT. Yo soy yo, y ellos son ellos.

PEPE Ni Pero Grullo.

MANOLO. ¿Pero conoce usted a los Catedráticos? ¿Ha leído usted sus libros de texto?

QUINT. Eso quisieran ellos, que los leyera, porque sería señal que los había comprado; pero... ¡Sí, sí! Como esperen que suelte yo la mosca.. Y tanto gusto en haber conocido a usted. Voy a Secretaría a presentar mis documentos de traslado.

PEPE. Vaya con Dios el amigo Pitágoras.

QUINT. Haga usted el favor de no faltarme.

PEPE. ¡Anda! ¿Le ofende a usted que le llamen por el apellido de un verdadero sabio?

QUINT. Sabio... sabio... Yo sé más que él.

PEPE. ¡Demonio! (Los otros se ríen.)

QUINT. Sí, señores, sí: por lo pronto, yo sé que él es un muerto, y él no sabe que yo soy un vivo.

PEPE. ¿Pero nos está usted tomando el pelo?

QUINT. Cada uno toma lo que puede. Estamos a la recíproca. Buenas tardes.

(Se va por el foro.)

MANOLO. ¡Já, já, que tipo!

PEPE. Está más loco, que el Licenciado Vidriera.

(Manolo, Pepe y Mariano quedan un momento formando grupo y se van luego por el foro.)

ESCENA V

CARMEN, MATILDE y ROSA, que salen por el foro izquierda, detrás de JULIO FERRER; ESTUDIANTES que están junto a las carteleras y otros que cruzan el foro sin distraer la atención del público.

CARMEN. ¡Julio, Julio!

JULIO. (Parándose.) ¿Eh?

CARMEN. Desde que no nos vemos, no nos conocemos.

JULIO. ¡Calle! Carmencita Romero. Tanto gusto. Ve usted como sí nos conocemos. (Se dan la mano.)

CARMEN. No creí yo que tuviese usted tan buena memoria.

JULIO. Pues la tengo.

CARMEN. Más vale así. Y.., ¿cómo en la Universidad? Yo le hacía a usted por ahí de Juez.

JULIO. En expectactiva de plaza estoy; pero mientras me llaman he determinado hacerme doctor.

CARMEN. Muy bien pensado. Y doy a usted mi enhorabuena por haber ganado las oposiciones.

JULIO. Mil gracias.

CARMEN. Qué contenta estará Pepita.

JULIO. ¿Eh?...

CARMEN. Porque se casarán ustedes pronto, ¿verdad?

JULIO. ¿Casarnos?...

CARMEN. ¡Claro! Pues pocas veces le dió usted palabra de matrimonio.

JULIO. ¿Yo?...

CARMEN. ¿Usted ve cómo yo tenía razón al dudar de su memoria? Ya no se acuerda usted de que dió palabra de casamiento a una mujer, ni de que gracias a esa mujer tiene usted hoy una posición en la vida... y hasta es posible que no recuerde usted que existe una tal Pepita Martínez

JULIO. No tanto, amiga Carmen, no tanto. Tengo presente a esa Pepita Martínez, le estoy reconocido por sus atenciones y recuerdo que he flirteado con ella.

CARMEN. ¿Nada más que flirtear?

JULIO. Amores de estudiante, Carmencita.

CARMEN. De estudiante sin corazón y sin conciencia.

JULIO. ¿Cómo?

CARMEN. Lo dicho, porque yo soy estudiante también; pero no soy capaz de una acción semejante.

JULIO. Qué sabe usted de eso. Usted no es hombre.

CARMEN. Si había de ser como usted, me doy la enhorabuena de haber nacido hembra.

JULIO. Fuertecilla está usted.

CARMEN. Más debía estarlo.

JULIO. Mire, mire, Carmencita; estas cosas son bastante delicadas y no creo muy oportunos ni la ocasión ni el sitio para tratar de ellas.

CARMEN. Tiene usted razón; pero como yo no he de ir ni al Ateneo ni a la Academia de Jurisprudencia a discutir el tema con usted, me desahogo donde puedo, y en paz.

JULIO. Cualquiera creería que es usted parienta de Pepita.

CARMEN. Compañera y amiga suya de toda la vida, que es lo mismo.

JULIO. Y abogada de pobres.

CARMEN. Nada de abogada: yo estudio filosofía y letras; pero en defensa de una compañera soy yo capaz de llegar hasta lo imposible, aunque la parte contraria sea nada menos que un señor Juez.

JULIO. Aún no entré en funciones de tal.

CARMEN. Ni entrará usted seguramente.

JULIO. ¿Cómo?...

CARMEN. ¡Claro! El día que vaya usted a tomar posesión de su destino y tenga que decir con la mano puesta sobre los Evangelios: «Juro administrar justicia con rectitud y conciencia», se acordará usted de otro juramento que hizo a una pobre muchacha, y se le anudará la voz en la garganta.

JULIO. Y ese... parrafito, ¿es de algún filósofo célebre?

CARMEN. Ese parrafito es *la verdad pura*, que está muy por encima de todos los tratados de filosofía.

JULIO. Pues celebro la erudición, y he tenido sumo gusto en saludarla.

CARMEN. Tantas gracias.

JULIO. A los pies de usted.

(Se va primera derecha.)

CARMEN. Beso a usted la mano. ¡Matilde!

MATILDE. ¿Qué quieres?

CARMEN. Dile a mi chófer que siga a ese hombre hasta enterarse de dónde vive, y que esta noche vaya a casa a decírmelo.

MATILDE. Voy corriendo.

(Se va primera derecha.)

ESCENA VI

CARMEN, ROSA, MANOLO, MARIANO, ESTUDIANTES (hombres y mujeres), PEPE CATUNIO y QUINTANA, que salen por el foro, y a poco MATILDE.

CARMEN. ¡Mal hombre, perjuro, canalla!

ROSA. ¿Ha tenido usted algún disgusto?

CARMEN. Y grande.

PEPE. ¿Qué te sucede que estás tan excitada, Carmencita?

CARMEN. ¿Que qué me sucede? Oidlo todos, que todos debemos hacer causa común. ¡Compañeros!

MANOLO. ¿Qué ocurre?

MARIANO. ¿Que pasa?

QUINT. ¿A quién hay que merendarse?

CARMEN. ¡Compañeros: un mal hombre, estudiante como nosotros, ha sido perjuro con una compañera, a la que ha truncado su porvenir! ¡Yo os pido que me ayudéis a castigarle!

PEPE. Dispón de nosotros. ¿No os parece?

TODOS. ¡Sí, sí!

Música.

CARMEN.
Mujeres...
Mujeres, a cumplir nuestros deberes.
Mujeres...
sintámos los ajenos padeceres.
Juremos,
por una compañera dar la vida,
juremos a un perjuro castigar;
al hombre que destruye sin razón,
a más del porvenir de una mujer
su ilusión.

(A un tiempo.)

MUJERES.
Mujeres...
Mujeres, a cumplir nuestros deberes.
Mujeres...
sintámos los ajenos padeceres.

HOMBRES.
Los hombres...
también sabrán cumplir con sus de-
[beres:
los hombres
que sienten los ajenos padeceres.

—

CARMEN.
Mujeres...
no todo en esta vida son placeres.
¡Que penas da el amor
a las mujeres!

(A un tiempo.)

MUJERES.
Mujeres...
Mujeres siempre esclavas del amor.

HOMBRES.
Mujeres...
mujeres, la obra magna del creador.

TELÓN DE CUADRO

CUADRO II

Comedor de una casa de huéspedes modesta. Al foro balcón, por el que se verán tejados y remates de edificios modernos. A la derecha del balcón un sofá de enea o rejilla y dos sillas de lo mismo; a la izquierda un aparador antiguo con piedra mármol y sobre ésta dos repisas de la misma madera del mueble. En la pared de la derecha dos puertas y una en la de la izquierda. En el centro de la escena una mesa cuadrada de comedor. Pendiente del techo y perpendicular al centro de la mesa un aparato de luz eléctrica, modesto, pero moderno Varias sillas de enea o rejilla distribuídas por la escena. Cuadros con cromos de frutas, pescados, etc. Es de día durante todo el cuadro.

ESCENA PRIMERA

DOÑA TERESA, poniendo la mesa (tres cubiertos) y PEPITA quitándose el velo o sombrero.

PEPITA. Vengo rendida. ¿Y mi hermano?

D.ª TERESA. Comió y se fué a la fabrica.

PEPITA. ¡Pobre Andrés! ¡Si él supiera donde han ido a parar los seis duros que me dió para que se los guardase...!

D.ª TERESA. Pues tarde o temprano tendrá que enterarse porque ese niño no va a estar toda la vida en el pueblo con el ama.

PEPITA. No lo quiera Dios. ¡Pobre angel mío; privado de los besos de su madre!

D.ª TERESA. Y en poder de una mala persona, por muy buena ama que sea. ¡Mira que amenazarte con traer al niño si no se le enviaba pronto el dinero...!

(Ponen la mesa entre las dos.)

PEPITA. Por eso no he vacilado en disponer del de Andrés. Me quiere tanto...

D.ª TERESA. Pues porque te quiere mucho debías decirle la verdad.

PEPITA. ¡Ay, tía..., me da tanta vergüenza! Además, usted fué quien, al enterarse

de mi desgracia, dispuso mi viaje al pueblo, con pretexto de que me repusiese, pero con objeto de que nadie, y muy especialmente Andrés, se apercibiese de lo que pasaba.

D.ª TERESA. Temí que tu hermano, que, a falta de padres, es quien puede pedir cuentas al sinvergüenza que te engañó, se dejase arrebatar y tuviésemos disgusto sobre disgusto.

PEPITA. ¿Ha llamado usted a don Antonio?

D.ª TERESA. Sí, hace poco; se está levantando para almorzar.

ESCENA II

DOÑA TERESA, PEPE CATUNIO, por la izquierda, y PEPITA.

PEPE. ¡Salud, patrona! ¿Y ese almuerzo?

D.ª TERESA. Esperará usted a que salgan sus compañeros, ¿verdad?

PEPE. Esperaré porque no hay más remedio; pero si viera usted qué apetito me traigo...

D.ª TERESA. El de todos los días.

PEPE. El de hoy es extraordinario y fuera de abono, como las corridas de beneficencia.

D.ª TERESA. Pues don Antonio se está vistiendo y la señorita Carolina acaba de llegar de San Carlos y está lavándose.

PEPE. ¡Ay, la señorita Carolina! Esa *médica* en ciernes es mi pesadilla. Anoche soñé que me pillaba un auto y que ella era la encargada de curarme. ¡Pero, que si quieres! En vez de aglutinante, árnica y puntos de sutura, ella cogió una serrucho y... ¡ris, rás!, ¡ris, rás!, me dejó sin brazos. ¡Toma,

y no me dejó sin piernas, porque me desperté a tiempo!

PEPITA. Si es una infeliz.

PEPE. Infeliz el que caiga en sus manos cuando pueda ejercer. Se vuelve loca por la cirugía. ¡Si hasta parte la carne del cocido con bisturí!

D.ª TERESA. No sea usted exagerado.

PEPE. Bien es verdad que ella dice, y tiene razón, que no hay otra manera de partirla.

D.ª TERESA. ¡Don Pepito!

PEPE. Pero ese Antonio que no sale... ¡Antonio!

(Llamando a la segunda puerta derecha. Se van Pepita y doña Teresa por la izquierda.)

ESCENA III

PEPE CATUNIO, ANTONIO PARRA; luego CAROLINA JIMÉNEZ y más tarde PEDRO NEVADO, y PEPITA que entra y sale, sirviendo la comida.

ANTONIO. Aquí estoy ya.

PEPE. A tal hora te amanezca.

ANTONIO. He pasado la noche de guardia en la Casa de Socorro.

PEPE. Para eso eres médico supernumerario de la Beneficencia municipal, y eche usted títulos.

CAROLINA. Buenos días compañeros.

(Por la primera derecha. Trae un aparato en la mano.)

ANTONIO. Buenos días, querida colega.

PEPE. ¡Salud, Cajal!

PEPITA. La comida.

(Pone una fuente sobre la mesa.)

PEPE. ¿Qué chismecito es ese que se trae usted?

(Se sientan a la mesa CAROLINA y ANTONIO.)

CAROLINA. Un precioso serrucho para amputaciones, que acabo de comprar.

PEPE. ¡Uf! ¡Mi sueño!

CAROLINA. ¿Qué le parece a usted, Antonio?

ANTONIO. Precioso.

PEPE. ¡Ya estoy yo dando saltos! En cuanto veo un instrumento de cirugía, como si tuviera el baile de San Vito.

ANTONIO. ¿Quieres que lo probemos en ti?

PEPE. ¡Calla, bárbaro!

CAROLINA. Parece usted una damisela.

PEPE. Y usted un energúmeno.

ANTONIO. Vamos, siéntate, majadero.

PEPE. Que quiten eso de mi vista o no como.

CAROLINA. Mejor; así tocamos a más.

(Pone el instrumento sobre el plato de Pepe. Comiendo.)

PEPE. ¡Glotones! Pepita, quite usted de ahí esa preciosidad y le daré una buena noticia.

PEPITA. ¿Una buena noticia a mí? Sí que es raro.

(Quita el serrucho.)

PEPE. Dios se lo pague. (Se sienta.) Pues que esta tarde vendrá a verla una amiga, compañera nuestra de Universidad.

PEPITA. ¿Carmen Romero? ¡Oh, qué alegría!

PEPE. ¿Se quieren ustedes mucho, verdad?

PEPITA. Como que somos hermanas de leche. Mi madre nos dió el pecho a las dos.

PEPE. Pues este y yo, también somos hermanos de leche.

ANTONIO. Pero si somos de distinto pueblo y nos hemos conocido hace dos años.

PEPE. ¡Hombre! ¿Vas a negarme que nos desayunamos con leche condensada de la misma lata?

ANTONIO. ¡El serrucho, el serrucho!
(Le tira la servilleta. Pepita recoge la fuente que hay en la mesa y se va a la cocina.)
PEDRO. ¿Hay permiso?
ANTONIO. Adelante, Pedro.
PEPE. ¡Hola, Hipócrates!
CAROLINA. ¿Quiere usted comer con nosotros?
PEDRO. Gracias, y que aproveche.
ANTONIO. ¿Qué te trae por aquí?
PEDRO. Pues voy a decírtelo. Como decano de los alumnos internos del Hospital me ha correspondido este curso organizar la función de teatro que hay costumbre de dar (Sale Pepita con otra fuente que pone en la mesa.) todos los años a beneficio de la Sociedad, y acordándome de que tú lo hiciste tan a gusto de todos el año anterior, vengo a pedirte ayuda y consejo.
ANTONIO. Todo lo que quieras. ¡Pues no faltaría más!
CAROLINA. (Quitando a Pepe la botella.) Ya le hemos dicho a usted, Antonio y yo, que el vino es muy perjudicial para su salud.
ANTONIO. Como que está enfermo del hígado.
PEDRO. No hay más que ver el colorcito que se trae.
PEPE. ¡Canastos!
ANTONIO. Y no debías comer carne.
PEDRO. Y el jamón ni probarlo.
PEPE. ¡Ah!... ¿Pero el jamón es cosa de comer?
PEPITA. El postre.
(Poniéndolo sobre la mesa.)
PEPE. El postre me lo están dando estos a mí.
CAROLINA. Carne de membrillo.
PEPE. De gallina la tengo yo.

ANTONIO. De lo que eres.
PEPE. Venga mi parte.
(Coge un trozo y se levanta.)
CAROLINA. Muy bien; usted, que ya es diabético, siga comiendo golosinas y le pasará lo que a los albaricoques de Toledo.
PEPE. ¿Cómo?
CAROLINA. Que se le pondrá dulce hasta el hueso.
PEPE. Anda, eso me ocurre a mí desde chiquitín. No ve usted que soy de Toledo también.
ANTONIO. Ven a mi habitación y te daré todos los detalles que necesites.
(Se levantan todos, y Pepita va quitando platos, etc., etc.)
CAROLINA. Vamos también nosotros.
PEPE. Pero con la condición de no hablar más de enfermedades ni de medicina.
ANTONIO. Convenido.
CAROLINA. ¿No les parece a ustedes que podíamos representar *El Médico de su honra?*
PEDRO. O *Vida alegre y muerte triste.*
PEPE. Que no entro.
ANTONIO. Yo estoy porque hagamos *Don Quintín el amargao.*
PEDRO. Admirable. Y éste hace de amargao.
PEPE. Pero que amargao del todo. (Se van los tres por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA IV

PEPITA, DOÑA TERESA y a poco CARMEN.

D.ª TERESA. Te ayudaré a quitar la mesa.
PEPITA. No se moleste usted, tía. Esto se quita pronto. (Timbre.)

PEPITA. Han llamado.

D.ª TERESA. Yo abriré.

(Se va por la izquierda.)

PEPITA. ¿Será Carmen? Estoy deseando verla, y al mismo tiempo me entra un temblor al pensar que no voy a poder ocultarle la verdad... Sí, ella es. No tengo ni fuerzas para moverme.

CARMEN. ¡Pepita! (Corriendo hacia ella.)

PEPITA. ¡Carmen! (Se abrazan y besan.)

CARMEN. ¡Cuatro meses sin vernos! Un año me ha parecido a mí.

PEPITA. Y a mí un siglo. (Llora.)

CARMEN. ¿Pero a qué viene ahora llorar? Ya estamos juntas otra vez; ya podemos comunicarnos nuestras penas y nuestras alegrías.

PEPITA. ¡Ay, Carmen de mi alma, si tú supieras!...

CARMEN. Todo, todo lo sé, y no he venido aquí a que lloremos juntas, sino para distraerte, para alegrarte.

PEPITA. Y quién te ha podido contar...

CARMEN. Tu hermano Andrés.

PEPITA. Entonces no lo sabes todo.

CARMEN. ¿Cómo?

PEPITA. Mi desgracia es mayor de lo que te figuras. ¡Soy madre!

CARMEN. ¡Jesús! ¡Pobre amiga mía! (Se abrazan.)

PEPITA. Tengo un hijo del que he de vivir separada para que mi hermano y mi tía no se avergüencen de mí.

CARMEN. ¿Pero ellos lo saben?

PEPITA. Mi tía, sí; Andrés no. ¡Ay, cuando lo sepa!

CARMEN. Y Julio, ¿está enterado?...

PEPITA. De todo. Cansada estoy de escribirle: pero ni a una sola de mis cartas ha contestado. Miento; a los pocos días de mandarle la última, una semana hará de esto, me envió, por valores declarados, dos billetes de cien pesetas, que yo le devolví a correo seguido.

CARMEN. Hiciste bien.

PEPITA. Pero sin una frase de consuelo, sin una expresión de afecto para su hijo.

ESCENA V

DICHAS, PEPE, CAROLINA, PEDRO, ANTONIO; luego DOÑA TERESA.

PEPE. ¡Calle! ¡Si está aquí Carmen Romero!

CAROLINA. Bienvenida.

CARMEN. Saludo a todos.

PEPE. ¿Y los compañeros?

CARMEN. Ahora vendrán. ¿Estuviste en el hotel? (Aparte a Pepe Catunio.)

PEPE. Estuve.

CARMEN. ¿Y qué has averiguado?

PEPE. Que Julio Ferrer ha venido a Madrid con su padre a comprar los regalos de boda.

CARMEN. ¿Eh?

PEPE. Se casa en su pueblo con una viuda muy rica y no muy agraciada.

CARMEN. El maldito interés...

PEPE. Y mañana se dicen las primeras amonestaciones en la parroquia de San José.

CARMEN. ¿De Madrid?

PEPE. Claro. Como él ha estado aquí seis años residiendo por los estudios...

D.ª TERESA. Unos jóvenes preguntan por la señorita Carmen.

CARMEN. Que pasen. Compañeros de Universidad que vienen a distraer a Pepita.

PEPE. Anda, y a mí se me olvidó lo del guitarrista.

CARMEN. No te apures; he encontrado yo uno que toca la flauta maravillosamente.

PEPE. ¿Y vamos a bailar al son de la flauta?

CARMEN. Bailaremos al son que nos toquen, el caso es bailar.

ESCENA VI

DICHOS, MATILDE, ROSA, MANOLO, MARIANO y QUINTANA, por la izquierda.

MANOLO. ¡Aquí estamos todos!

MATILDE. Y todas.

CARMEN. Adelante, adelante. Señores... Compañeros de las Facultades de Derecho, Ciencias, Farmacia y Filosofía. (Dice esto a los que había ya en escena y haciendo la presentación de los que llegan; después se dirige a éstos haciendo la presentación de aquéllos.) Y compañeros de la de Medicina. ¿Y qué más presentaciones entre estudiantes?

QUINT. ¡Viva la Ciencia!

TODOS. ¡Viva!

PEPE. ¡Anda! ¡Si también ha venido Salomón!

QUINT. Así es, amigo Calínez.

(Trae un estuche con un flautín.)

PEPE. Y por lo que veo es usted el que toca la flauta.

QUINT. Es flautín y no flauta, y tampoco lo toco por casualidad.

PEPE. Me ha chafado usted el chistecito.

CARMEN. Música y a bailar.

PEPE. Venga una sartén para completar la orquesta.

ANTONIO. No hagas el ganso.

PEPE. Haré el Jazz ban.

Se va por la izquierda y a poco vuelve.)

CARMEN. Ea, caballeros, a elegir pareja y venga música.

Música.

(Al empezar la orquesta, Quintana saca el flautín de la caja y se dispone a tocar. Pedro se dirige a Carmen, Parra a Carolina, Manolo a Matilde y Mariano a Rosa.)

I

CARMEN. Este baile tiene alegría,
y por eso la moda un día
lo implantó.
Y pues debe de cuando en cuando
divertirse el que está estudiando,
bailo yo.

PEPE. Baile es el fox trot que encanta,
y por eso su fama es tanta
en Madrí,
Y aunque lleva el compás cualquiera,
hay que ver a los pollos pera.
¡Ay, su abuelita!
cuando van el fox
marcando así.

—

Juana, Juana,
cuando te pida el fox-tró,
Juana, Juana,
dile a tu novio que no.
Juana, Juana,
ciñete a mí que lo sé.
Yo pro-meto
ser dis creto...
Juana, Juana...,
ciñe-te.

II

CARMEN. Dominando por bullangueros,
los Jazz-ban en el mundo entero
hoy están,
y aunque atruenan con sus sonidos,
ya están hechos nuestros oídos
al Jazz-ban.

PEPE. El Jazz ban al Sultán de Armenia
le ha curado la neurastenia
de raíz.
Y a una joven alicantina,
que le dió por la cocaína,
la ha transformado
y bailando el fox es ya feliz

—

TODOS. Juana, Juana,
cuando te pida el fox-tró.
Etc., etc.

Hablado.

PEPE. Chócala, compañero; eres el primer soplón de España.

QUINT. Y tú el primer sartenero.

D.ª TERESA. Pepita; un señor, ya viejo, que quiere hablar contigo.

PEPITA. ¿Conmigo?. . ¿Ha dicho su nombre?

D.ª TERESA. Dice que ya te lo dirá él a tí. ¿Le hago pasar al comedor?

PEPITA. Claro; no hay otra habitación donde recibirle.

(Se va Doña Teresa.)

CARMEN. Pues nosotros nos vamos.

CAROLINA. De ninguna manera. Pasen las señoras a mi habitación.

ANTONIO. Y los caballeros a la mía.

PEPE. Muy bien pensado.

CAROLINA. Y en cuanto se vaya ese señor, a reanudar el baile.

TODOS. ¡Eso, eso!

CAROLINA. Pues andando.

(Las mujeres entran en la primera habitación de la derecha y los hombres en la segunda del mismo lado.)

ESCENA VII

DON RUFINO FERRER y PEPITA.

D. RUFINO. ¿La señorita Pepita Martínez?

PEPITA. Servidora de usted.

D. RUFINO. Muchas gracias.

PEPITA. Y tome usted asiento que se le conoce que está usted muy fatigado.

D. RUFINO. Más gracias, señorita.

(Se sienta.)

PEPITA. Y así que descanse hará usted el favor de decirme...

(Se sienta.)

D. RUFINO. Qué me trae por aquí y quién soy. ¿No es eso?

PEPITA. Sí, señor, eso es.

D. RUFINO. Pues me trae, me trae... Señorita, yo no quisiera molestar a usted en lo más mínimo.

PEPITA. ¿Molestarme a mí...?

D. RUFINO. Haga usted el favor de oirme hasta el final.

PEPITA. Siga usted caballero, siga usted.

D. RUFINO. Yo, señorita, soy padre: los padres como es natural, queremos el bien de nuestros hijos.

PEPITA. Sí, sí; el bien de... de... Perdone usted la interrupción.

D. RUFINO. Pues, como iba diciendo, un hijo

mío que estudió en Madrid y estuvo de huésped en esta casa...

PEPITA. (Levántandose.) ¿Usted es el padre de Julio?

D. RUFINO. El mismo.

PEPITA. ¡Oh, caballero!

D. RUFINO. Siéntese, señorita, siéntese y haga el favor de oirme con tranquilidad.

PEPITA. Qué difícil va a ser.

(Se sienta.)

D. RUFINO. Yo vengo a rogarle a usted que no le escriba más cartas a mi hijo.

PEPITA. ¿Pero usted ha leído esas cartas?

D. RUFINO. Dios me libre. Mas vivimos en un pueblo, señorita, en un pueblo, donde todo se sabe y todo se comenta, y al insinuarle yo a mi hijo que esa correspondencia con letra de mujer no era cosa muy conveniente para la reputación de un futuro juez, me respondió que él no podía evitar que la sobrina de su ex patrona, que se había forjado ciertas ilusiones respecto a él le asediase de esa manera.

PEPITA. ¿Eso dice Julio de mí?

D. RUFINO. Eso dice.

PEPITA. ¡Jesús!

(Llorando.)

D. RUFINO. Perdone usted, señorita, pero yo soy un hombre que no sabe decir más que la verdad.

PEPITA. Lo contrario que su hijo de usted.

D. RUFINO. Señorita, yo le ruego a usted que se calme.

PEPITA. ¡Qué de cosas le respondería si no fuese usted padre suyo.

(Llora.)

D. RUFINO. Lamento de todo corazón haber ve-

nido a renovar heridas que, por lo visto, no acabaron de cicatrizarse.

PEPITA. ¿Y Julio, sabe el paso que usted da?

D. RUFINO. ¡Qué va a saberlo! Pero hágase usted cargo de que soy padre, y...

PEPITA. Pues vaya usted tranquilo, caballero. Me hago cargo de ese amor de padre tan grande, tan... y en consideración a él y a mi propia dignidad, yo le prometo que su hijo no volverá a saber de mí en la vida.

(Se levantan.)

D. RUFINO. Gracias, señorita, muchas gracias, y usted perdone el mal rato que acabo de darle. Y conste que no creí yo encontrarme con una muchacha tan simpática y tan... En fin, que yo venía con intención de... (Echando mano a la cartera) de algo que no me atrevo a decir a usted.

PEPITA. (Que le ha visto la acción.) Hace usted bien en no atreverse, caballero. ¡No, dinero no, dinero no!

(Llorando.)

D. RUFINO. Bien sabe Dios que esas lágrimas llegan hasta el fondo de mi alma.

PEPITA. Gracias, caballero, muchas gracias.

D. RUFINO. Mil perdones por todo, señorita, y quede usted con Dios.

PEPITA. Vaya usted con él.

D. RUFINO. (Pobre criatura. ¡Estos muchachos, estos muchachos!...

(Se va por la izquierda.)

PEPITA. ¡Señor, Señor; bien me castigas, bien!

ESCENA VIII

PEPITA, CARMEN ROMERO, CAROLINA JIMÉNEZ, MATILDE GONZÁLEZ, ROSA LIZÓN, PEPE CATUNIO, LUIS QUINTANA, PEDRO NEVADO, ANTONIO PARRA, MANOLO GARCÍA y MARIANO LÓPEZ. Van saliendo todos poco a poco de los cuartos. CARMEN y PEPE se adelantan para hablar con PEPITA, y los demás quedan en el foro hablando entre sí.

CARMEN. ¿Se fué?
PEPITA. Se fué.
PEPE. ¿Era el padre de Julio?
PEPITA. Sí.
PEPE. Soy un hacha.
CARMEN. ¿Y a qué ha venido?
PEPITA. A pedirme que no le escriba más cartas a su hijo.
CARMEN. ¿Pero ese buen señor no sabe...?
PEPITA. Su hijo le engaña y él ha debido tomarme por lo que no soy.
CARMEN. ¡Ah, bandido! Pero no se saldrá con la suya.

ESCENA IX

DICHOS, DOÑA TERESA.

D.ª TERESA. ¡Pepita, Pepita!
PEPITA. ¿Qué sucede?
D.ª TERESA. (Aparte lo que sigue). ¡El ama!
PEPITA. ¿Eh?...
D.ª TERESA. El ana con el niño.
PEPITA. (En voz alta.) ¡Hijo de mi alma!
D.ª TERESA. (A Pepita.) Pero, ¿qué haces?
PEPITA. ¡Déjeme usted! Si su padre le niega, ¿voy a negarle yo también? ¡Ama, traiga usted a mi hijo!
(Se va doña Teresa.)
CARMEN. ¡Cálmate, Pepita, cálmate!
CAROLINA. ¿Pero qué le sucede?

PEPE. ¡Pobre muchacha!
PEPITA. ¡Tengo un hijo, sí, un hijo sin padre! ¡Es mío, mío solo!
(Sale doña Teresa con el niño y Pepita corre a coger a su hijo.)

Música.

CARMEN. ¡Cálmate, Pepita;
cese tu dolor!
PEPE. (A los compañeros.)
Es hijo del pillo
que la abandonó
MUJERES. Pepita, no se apure,
que sola no está usted.
Nosotras su derecho
sabremos defender.
HOMBRES. Si al hijo niega el padre,
así no quedará;
será ese niño el hijo
de la Universidad.
(Carmen coge al niño en brazos y todos la rodean.)

I

CARMEN. Todos, hermoso niño,
nuestro cariño
en ti pondremos.
Todas estas mujeres,
si tú nos quieres,
te mimaremos.
Un mortal más dichoso
en la tierra no habrá.
No llores, niño precioso,
que cuanto pidas
se te dará.

PEPE. (Hablado.) Déjamele ahora a mí.
(Cantado.)
¡Chiquitín, chiquitín,
tus ojitos son dos luceros!
¡Chiquitín, chiquitín,
ay que ojitos tan zalameros!
Que un Tenorio será
en su cara se ve al instante,
y estudiante más tunante,
ni se ha visto ni se verá.
¡Ay, ay, que pillo es el chiquillo!
¡Ya riendo está!

TODOS. ¡Chiquitín, chiquitín!
Tu boquita y tus carrillitos,
¡chiquitín, chiquitín!,
a comerme voy a besitos.
Por tu ciencia muy pronto serás igual
a Gasset, a Unamuno y al gran Cajal.
¡Chiquitín, chiquitín!
¡Dios, te libre de todo mal!

II

CARMEN. (Volviendo a coger al niño.)
Cierra tú los ojitos,
niño bonito,
poquito a poco.
Mira que el coco viene;
duérmete nene
que viene el coco.
Yo tu cara bonita
contemplando estaré.
Mis brazos son tu cunita;
duerme que en ellos
te arrullaré.

PEPE. ¡Chiquitín, chiquitín,
tus ojitos son dos luceros!
Etc., etc.

TODOS. ¡Chiquitín, chiquitín,
tu boquita y tus carrillitos,
etc., etc.

(Hablado)

PEPE. ¡Viva nuestro hijo!

TODOS. ¡Viva!

D.ª TERESA. ¡Señores, tengan ustedes en cuenta, que el casero habita debajo de este piso!

QUINT. ¡Ah...! ¿Pero aún hay caseros en el mundo?

PEPE. Eso dicen.

QUINT. ¡Pues que se chinchen los caseros! Amigos, a bailar el fox-trot.

PEPE. ¡Bravo, bravo!

TODOS. (Menos PEPITA y DOÑA TERESA) ¡Alegría, alegría!

(*Música.*)

TODOS. ¡Juana, Juana,
Cuando te pida el fox-trot
etc., etc.

TELON DE CUADRO

CUADRO TERCERO

Puerta central de la fachada de San José, del tamaño más aproximado al natural y practicables, escalinata y puertas del pórtico y de la Iglesia Diez de la mañana del mes de octubres. Hermoso día del Otoño madrileño.

ESCENA PRIMERA

UN VENDEDOR DE PERIÓDICOS, UN CIEGO que vende décimos de Lotería y UNA POBRE. A poco, CARMEN, CAROLINA, MATILDE, ROSA, PEDRO, ANTONIO, MANOLO y MARIANO. Estos forman grupo.

Música

(Para levantar el telón.)

VENDEDOR. ¡«A B C», «El Sol», «El Liberal»!
CIEGO. ¿Quién quiere el gordo para mañana?
POBRE. ¡Una limosnita, que Dios se lo pagará, hermanito!

(Salen a escena, o aparecen en ella, formando un grupo, los personajes ya referidos.)

(Hablado.)

CARMEN. Ya estáis enterados de lo que hay que [hacer;
cuando el cura lea la amonestación:
«pongo impedimento» hay que res- [ponder.
PEDRO. Y a la Sacristía irnos de rondón.
Y una vez en ella...
CAROLINA. Una vez allí
decir en conciencia toda la verdad.
ANTONIO. Que a una pobre chica ha engañado [aquí.
MATILDE. A la que protege la Universidá.
CARMEN. Y vamos adentro, que muy tarde es,
y estará mediada la misa mayor.

MANOLO. Si se pone fosco, palos habrá, pues.
CARMEN. Nada de violencias, calma es lo mejor.
MARIANO. Mas si nos provoca, ¿vamos a callar?
ROSA. Eso es cosa nuestra...
CARMEN. Confiad en mí.
El con las mujeres no va a pelear.
Y no me hagáis gestos, que yo mando aquí
PEDRO. Eso sí.

(Entran todos en la iglesia.)

ESCENA II

PEPE, por la derecha y QUINTANA, por la izquierza. Se reunen en el centro.

(Cantado)

PEPE. Querido Salomón,
poeta colosal,
usté es un dormilón.
QUINT. Y usted otro que tal.
PEPE. Muy tarde me acosté.
QUINT. Yo en vela estoy aún.
PEPE. ¿Pues qué ha tenido usted?
QUINT. Un cólico de atún.

—

PEPE. Un poeta que atún cena,
del Parnaso desentona.
QUINT. Con sus guisos me envenena,
me envenena la patrona.
PEPE. Pues saldrán de su cacumen,
no ya versos, rejalgar.
QUINT. ¡Ande usted y que le emplumen!
PEPE. ¡Y usted váyase a pelar!

(Medio mutis.)

PEPE. Querido Salomón,
poeta colosal,
ya sabe su misión.

QUINT. Y a usted le pasa igual.
PEPE. La mía cumpliré,
que no es grano de anís.
QUINT. A ver si queda usted
como un chisgaravís.
LOS DOS. ¡Chis!

(Se va cada uno por un lado. Se oye un rumor que va creciendo por momentos y salen de la iglesia cuantos en ella entraron, y a más Julio Ferrer, un sacristán y dos monaguillos. El sacristán sale apaciguando a Julio, y quedan los dos en primer término izquierda, en primer término derecha Carmen y sus compañeros. El público los rodea. La pobre, los monaguillos, el vendedor y el ciego, que se quita las gafas para ver lo que pasa, se colocan en los escalones.)

ESCENA III

CARMEN, MATILDE, CAROLINA, ROSA, QUINTANA, ANTONIO, PEDRO, MANOLO, MARIANO, JULIO FERRER, SACRISTÁN, dos MONAGUILLOS, VENDEDOR, CIEGO, POBRE, PÚBLICO, y al final PEPE CATUNIO.

MAÑOLO. (Que habrá bajado corriendo, y llega a escena antes que nadie, se dirige a Quintana y le dice:)

Hablado.

¡Avisa pronto a un guardia,
que el hombre se ha amoscao!
QUINT. ¡No hay más que el de la porra
y está muy ocupao!

Cantado.

JULIO. ¿Quiénes son los que ponen reparo
a mi boda con tanto descaro,

con tanto tesón?
¿Quiénes son, quiénes son?
CARMEN. Somos todos, y en nombre de todos
a deciros la causa voy yo.
Que cumpláis como bueno quere-
[mos,
o castigo sufra quien cometió
cruel delito de amor.
JULIO. ¡Hombres bruscos y no hembras,
que salgan!
QUINT. ¡Tiene usted mal gusto, señor!
JULIO. ¡Ah, por fin!

(Carmen retira a Quintana, y las demás mujeres contienen a los hombres.)

TODOS. El hombre está furioso,
mas no hay que amilanarse,
pues los valientes no siempre triunfan
en estos trances.
JULIO. ¡Me canso ya de burlas!
¡Que salga un hombre aquí!
CARMEN. Con un mal compañero
pelear no quieren
los que están ahí.

Hablado.

PEPE. (Presentándose con el niño.)
¡Aquí está el hombre!

Cantado.

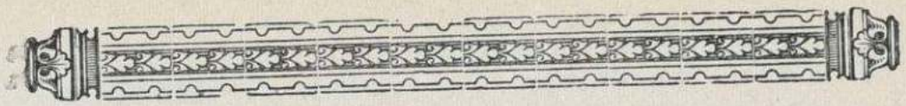
Anda, rico mío,
besa a tu papá.
JULIO. ¡Me la pagaréis!
CARMEN. Eso se verá.

Concertado.

TODOS. ¡Chiquitín, chiquitín,
a tu lado no hay ningún tonto,
y tú mismo, muy pronto
serás igual
a Gasset, a Unamuno
y al gran Cajal.
¡Chiquitín, chiquitín,
Dios te libre de todo mal!

CARMEN. Ya se va cumpliendo
todo mi plan.
¡Qué alegría me da!
Por tan justa causa
hay que luchar,
y, por fin, el lauro
nuestro será.
Toda la razón
de este lado está,
y debemos triunfar.

TELÓN



ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Escenario del teatro Español, visto desde el foro; está puesta la decoración del acto cuarto de *Don Juan Tenorio*, pero sin el telón de foro; de modo que por el reverso del rompimiento de la galería con balcón al centro, que da al Guadalquivir, y a través de las ventanas y del balcón, se ve la escena donde se representa dicho acto cuarto, la batería con la concha del apuntador y en último término la sala del teatro Español, iluminada y llena de público.

Preludio.

ESCENA PRIMERA

PEDRO (Don Juan Tenorio), PEPE (Don Luis Mejías), QUINTANA (El Comendador), MANOLO (traspunte).

(Acabado el preludio, se alza el telón de boca del teatro verdad y aparece la escena tal como queda descrita, y en ella Don Juan, Don Luis y El Comendador, estos últimos en el suelo, y Don Juan diciendo los versos finales de la escena X del acto cuarto del *Tenorio*. Manolo, con el libreto en la mano, estará junto al rompimiento de modo que le vea bien el público de veras.)

PEDRO. Llamé al cielo y no me oyó;
y pues sus puertas me cierra,
de mis pasos en la tierra,
responda el cielo, y no yo.
(En el momento que se dirige al balcón sue-

na el timbre y cae el telón de boca del teatro figurado. Se levantan del suelo Don Luis (Pepe) y El Comendador (Quintana), y se abrazan ellos y Pedro, llenos de entusiasmo artístico.)

MANOLO. ¡¡Arriba, arriba el telón!!

(Se alza el telón del teatro figurado y arrecia la ovación. Los actores saludan. Vuelve a caer el referido telón y vuelven a abrazarse los artistas. Siguen los aplausos.

MANOLO. ¡¡Arriba, arriba otra vez!!

(Vuelve a alzarse el telón de boca del teatro figurado, por segunda y última vez; sigue la ovación; saludan los actores; cae por fin el telón susodicho y se ve entrar en la escena, por las dos puertas laterales, a Manolo y Matilde (Doña Brigdia) por la de la izquierda, y a Rosa (Abadesa) y Mariano (Ciutti) por la de la derecha. Los cuatro felicitan a sus compañeros.

ESCENA II

DICHOS, MATILDE (Doña Brígida), ROSA (Abadesa), MARIANO (Ciutti), MANOLO (Transpunte), y poco después, por primer término izquierda con trajes de calle, CAROLINA, PEPITA, ANTONIO, ESTUDIANTES MUJERES 1.ª, 2.ª y 3.ª y ESTUDIANTES HOMBRES 1.° (Escultor) y 2.° y 3.° de paisanos.

MARIANO. ¡Pero que muy bien!

MATILDE. ¡Colosal!

ROSA. ¡Admirable!

MANOLO. (A Pedro, abrazándole) ¡Ni Borrás, hijo de mi alma!

PEDRO. ¡Gracias, muchas gracias!

PEPE. Se hace lo que se puede.

QUINT. ¡Y que aplaudan esta estupidez!

(Levantan el rompimiento del ventanal, bajan al proscenio todos los interlocutores y maquinistas, mueblistas y guardarropas, van quitando la decoración del *Tenorio*. Cuando acaban de quitarla, durante parte del diálogo que sigue, cae un telón por el revés, en segunda caja, como si fuese el telón de foro de la decoración del acto que sigue)

CAROLINA. No dirán ustedes que no les hemos ovacionado.

ANTONIO. ¡Vaya una claque!, ¿eh?

PEPITA. Está saliendo el *Tenorio* admirablemente.

EST. H. 2.° Ya podéis estar satisfechos con vuestra función, los alumnos internos del hospital.

PEDRO. Yo sí. Y los compañeros, ¿qué dicen?

EST. H. 3.° ¡Contentísimos, querido Presidente! (Abrazando a Pedro.)

PEPE. Niñas: *Aquí hay un Don Luis, que vale, lo menos, dos.*

EST. M. 1.ª ¡Que te crees tú eso!

EST. M. 2.ª ¡Alábate, pavo!

EST. M. 3.ª ¡Adiós, Narciso!

PEPITA. ¿Y Carmen Romero?

MANOLO. Vistiéndose de estatua de Doña Ines.

PEPITA. Con el traje de novicia estaba guapísima.

CAROLINA. ¿Y qué dice el señor Comendador?

QUINT. ¡Estoy echando lumbre!

(Forman varios grupos: en primer término Pepita, Carolina, Antonio y Pedro (centro) También en primer término (izquierda) Catunio y Quintana. En segundo término (derecha) Matilde, Mariano y Estudiantes 1.° y 2.° (hombres), y en segundo término izquierda Rosa, Estudiante (hombre) 3.° y Estudiantes mujeres 1.ª, 2.ª y 3.ª. Manolo pasa de un grupo a otro y de derecha a izquierda, siempre con el libreto en la mano y cuidando de todo.)

ANTONIO. ¿A qué viene ese enfado, querido Quintana?

QUINT. ¿Le parece a usted poco motivo tener que recitar los malísimos versos de una obra tan detestable como *Don Juan Tenorio?*

PEDRO. No digas majaderías.

QUINT. ¡Cómo majaderías! ¡Si hasta el propio autor hablaba mal de ella!

PEDRO. Porque no la cobraba.

PEPE. Y por eso habla mal éste, porque tampoco la cobra.

MANOLO. Pero tú, Salomón, y tú, Catunio, que tenéis que vestiros de estatuas.

PEPE. Ya vamos, señor transpunte. Tú, a la cantera.

QUINT. A la yesería, y gracias

(Se van por primera izquierda Quintana y Pepe.)

PEDRO. Oye, Antonio.

ANTONIO. ¿Qué quieres?

PEDRO. ¿Es Julio Ferrer uno que está en la tercera fila de butacas?

ANTONIO. Sí.

PEDRO. Cuando le vi me dije para mis adentros: éste ha venido a patearnos en venganza de lo de San José.

CAROLINA. Y que debe estar furioso, porque la viuda rica, con quien iba a casarse, enterada de lo del escándalo y de lo del niño, lo ha dejado por puertas.

PEPITA. Me ha enviado al palco un papel con la florista, en el que me dice que le urge hablar conmigo.

PEDRO. ¿Y por qué no va a su casa de usted?

CAROLINA. Eso decimos todos. Pero el caso es que ha regresado del pueblo, al que se volvió hace seis meses con su padre, a raíz de lo de San José, y en vez de presentarse franca y lealmente, si lo que desea es cumplir como Dios manda, no hace más que escribir a Pepita citándola para diferentes sitios.

PEPITA. Mas yo, como si no recibiese tales cartas.

ANTONIO. Y muy bien hecho, porque lo que ése quiere es comprar su silencio de usted y el de todos nosotros, con dinero o con amenazas.

PEDRO. Pues a buena parte va.

CAROLINA. Ese, o se casa con Pepita, o sigue soltero toda su vida.

ANTONIO. A mí me ha dicho un compañero suyo que la llegada de Julio a Madrid ha sido para recoger el nombramiento de Juez e irse a tomar posesión no sé a qué partido de la provincia de Avila.

PEPITA. Vaya bendito de Dios.

ANTONIO. Ahora que caigo. ¿Estará su hermano de usted en el público? Porque ése es de los que no olvidan ni perdonan, y como le vea...

PEDRO. No; Andrés está aquí con los electricistas.

ANTONIO. Pues todos tranquilos; porque Julio no entrará en el escenario, creo yo.

PEDRO. A felicitarnos no sería.

PEPITA. Vamos a dar la enhorabuena a Matilde y a Rosa.

PEDRO. Ahí las tienen ustedes.

CAROLINA. Y vestidas aún.

ANTONIO. Se conoce que le han tomado cariño a los trajes, porque ya no trabajan más en la obra.

PEPITA. Matilde, Rosa: mil enhorabuenas.

CAROLINA. Digo lo mismo.
MATILDE. Gracias, gracias.
ROSA. Sois muy amables.
ANTONIO. No se cambien ustedes de traje, que hay fotografías.
MATILDE. No te decía yo.. (Muy contenta a Rosa.)
ROSA. ¿De veras nos van a retratar?
PEDRO. Eso allá ustedes.

ESCENA III

DICHOS, ANDRÉS.

ANDRÉS. Oye, Pepita.
PEPITA. ¿Qué quieres?
ANDRÉS. Que no me engañes.
PEPITA. ¿Yo?...
ANDRÉS. Sí, tú. ¿No me decías que era inútil que buscase a Julio Ferrer porque te constaba que se había ido a su pueblo?
PEPITA. Y a su pueblo se fué hace seis meses, o sea al siguiente día del escándalo de San José.
ANDRÉS. ¿Y no han venido a contarte que está otra vez en Madrid?
PEPITA. Nadie ha venido a contarme nada.
ANDRÉS. ¡Claro! No había necesidad de ello: lo has visto tú con tus propios ojos.
PEPITA. ¿Yo?...
ANDRÉS. Sí, tú, Pepita, tú... No sé si antes de hoy; pero que hoy le has visto en el teatro, y él te ha mirado a ti con los gemelos, y tú has vuelto hacia él los ojos dos o tres veces..., eso tampoco me lo tienen que contar a mí.
PEPITA. Pues bien; es verdad que acabo de verle en el teatro como tú. Y si trataba de ocultártelo es porque conozco

tu carácter; pero tú nos has prometido a nuestros amigos y a mí no armar riña con él hasta ver si esto tenía el arreglo que todos deseamos.
ANDRÉS. Y cumpliré mi palabra mientras vislumbre una posibilidad. Mas ten muy en cuenta que, mientras yo viva, si ese hombre quiere dar un solo beso a su hijo, ha de ser como padre legítimo de él y no de otra forma.
PEPITA. Esa es también mi firme voluntad.
ANDRÉS. No faltaría más sino que con su labia y sus marrullerías volviera a engatusarte.
PEPITA. Estate tranquilo.
ANDRÉS. Bien, bien, no hablemos más de esto; pero no se te olvide lo que te acabo de advertir.
PEPITA. Yo había pensado no salir más al público.
ANDRÉS. Mejor será.
PEPITA. Y si quieres, me voy a casa.
ANDRÉS. No; puedes quedarte en el escenario. A bien que dentro hay tanta gente como fuera.

ESCENA IV

DICHOS, PEPE CATUNIO y LUIS QUINTANA (vestidos como Don Luis y El Comendador en el acto del cementerio de *Don Juan Tenorio*); luego CARMEN.

PEDRO. Mirad, mirad que dos tipos más graciosos vienen por allí.

Música.

ESTUD. Ya están aquí;
de piedra son

el Don Luis,
burlador,
y el Señor Comendador.

PEPE Y QUINTANA. De yeso, sí;
de piedra, no,
y Benlliú-
re no fué
el que a mí
me esculpió.

—

ESTUD. De payasos este par
se podía contratar
y dejar
de estudiar.

I

PEPE. De fijo que al ver este talle
les hago a las hembras tilín.

QUINT. Si alguna te encuentra en la calle
te toma por un adoquín.

—

LOS DOS. ¡Qué figura, qué escultura,
no se ha visto nada igual!

ESTUD. ¡Valiente par de fiambres!

LOS DOS. ¡Y sin miedo, cual Tancredo,
subiré a mi pedestal!

ESTUD. ¡Estáis para que os suspendan!

LOS DOS. Si me ve mi abuelita,
¡ole!, me grita;
pero no podrá la viejecita
ver lo guapo que estoy yo...
Mi abuelita, pobrecita,
años hace se murió.

ESTUD. ¡Volveos a vuestras tumbas!

II

QUINT. Si así mi patrona me viera
del susto, apretaba a correr.

PEPE. Ya el susto lo tiene en el cuerpo,
pues no le has pagado este mes.

—

LOS DOS. ¡Qué figura, qué escultura!
Etc., etc.

Hablado.

CAROLINA. Sois dos mármoles de carrara.

CARMEN. (Saliendo de estatua.) Tres, tres, por que yo también soy de piedra.

PEPITA. Estás guapísima.

CARMEN. Parecemos tres monigotes del ¡pin-pan-pun!

QUINT. ¿Quién me da un cigarro?

ESTUD. 2.° Toma un puro, que te lo has ganado.

ESTUD. 3.° Y una cerilla, que te la has ganado también.

PEPE. Eh, tú, Chindasvinto, venga el cigarro, que el Comendador no fumaba.

QUINT. Ni Don Luis Mejía tampoco.

PEPE. Don Luis Mejía sí fumaba.

QUINT. ¿Y el Comendador no?

PEPE. El Comendador tomaba rapé.

QUINT. Quien tomaba rapé era la Comendadora.

ANTONIO. Ten un pitillo para que te calles.

PEPE. Gracias; algo es algo.

CARMEN. ¿De veras está el público satisfecho?

PEPITA. Podía no estarlo. Todos, todos parecéis actores y no aficionados. La escena del sofá ha sido un primor.

PEDRO. Yo he puesto en ella toda mi alma.

CARMEN. Y yo.
PEPE. ¿Cuándo es la boda?
CARMEN. Más valía que en vez de ocuparte de nosotros, te ocupases de lo que te importa.
QUINT. Que precisamente es estudiar.
PEPE. Pues si no estudio, tú eres el único culpable.
QUINT. ¿Yo?...
PEPE. Sí, sí, tú. ¿No dices que los libros de texto son malísimos, que no enseñan nada?
QUINT. No me enseñan nada a mí que sé más que los ignorantes que los escriben; pero algo aprenderás tú, que eres más imbécil y más ignorante que ellos.
CARMEN. Toma esa y vuelve por otra, Catunio.
MARIANO. Lo achicó.
MATILDE. ¿A que no contesta?
PEPE. Es que eso no tiene más contestación que una.
QUINT. ¿Cuál?
PEPE. Romperte el alma. ¿Pero quién le rompe el alma a una estatua?
MANOLO. Señores: cada uno a su puesto, que voy a empezar el quinto acto.
CAROLINA. Yo me voy al público.
ANTONIO. Y yo con usted.
CAROLINA. ¿Viene usted, Pepita?
PEPITA. No: me quedo en el escenario.
CARMEN. ¿Cómo es eso?
CAROLINA. Porque ha visto en butacas a Julio Ferrer y la pobre está pasando un mal rato.
(Se va izquierda con Antonio.)
CARMEN. Pues haces bien en quedarte. Voy a mi pedestal. (Se va por la derecha.)

PEDRO. Y yo a mi puesto.
(Se va por la izquierda.)
(Pepita sigue a Carmen, y Manolo vuelve por el lado contrario al que se fué. Sólo quedan en escena Catunio y Quintana.)
MANOLO. ¿Pero qué hacen estas estatuas que no suben a sus pedestales?
QUINT. Ya vamos.
MANOLO. Tirarás el puro, ¿verdad?
QUINT. Esto es un detalle de la obra.
MANOLO. ¿Eh?...
PEPE. ¿Cómo detalle?
QUINT. Claro. ¿No tengo que decir a Don Juan .. «aquí fuego, aquí ceniza?»
MANOLO. Sí.
QUINT. Pues fijáos: (Mostrando el puro.) Aquí fuego. (Sacude el puro con el anular.) Aquí ceniza.
PEPE. Y aquí te matan.
MANOLO. ¡Hala, hala!, que no podemos perder tiempo.
QUINT. Oye, oye, que ya no me acuerdo. ¿Qué contesto yo a Don Juan cuando me dice aquello de...

«Y si quieres, te convido
a cenar, Corregidor.»

PEPE. Comendador, hombre.
QUINT. Es igual.
MANOLO. Pues no le contestes nada. (Se va.)
QUINT. ¡Eso es una grosería! ¿No te parece?
PEPE. Tremenda.
QUINT. Es decir, que me invitan, me hago el longuis, y luego voy? Pues yo no paso por ese disparate.
PEPE. Bien hecho. Tú debes contestar a Don Juan.

QUINT. Y le contesto, no te quepa duda.
(Se va por la izquierda.)

PEPE. Y te la ganas, no te quepa duda tampoco.
(Yéndose por la derecha.)

ESCENA V

PEPITA, ANDRÉS, luego JULIO, MANOLO que entra y sale y dentro ESTUDIANTE 1.° (Escultor), al que se oye recitar.

PEPITA. En las primeras cajas, no cabe un alfiler; como no haya algún agujero en el telón, me quedo sin ver este acto.

ANDRÉS. (Por la derecha.) ¿Por fin no sales al público?

PEPITA. Ya sabes que tengo palabra.

ANDRÉS. Pues yo voy a proyectar la luna sobre la estatua de doña Inés. Hasta ahora.
(Se va por la izquierda.)

PEPITA. Adiós.

MANOLO. (Dentro.) ¡Se ha empezado!
(Timbre y pausa grande.)

ESTUD. 1.° (Escultor.—Dentro.)
Pues señor, es cosa hecha;
el alma del buen Don Diego
puede, a mi ver, con sosiego
reposar muy satisfecha.
La obra está rematada,
con cuanta suntuosidad
su postrera voluntad
dejó al mundo encomendada.
(Durante estos versos, Pepita busca en el telón un agujero que encuentra y mira por él. Julio que ha salido por la izquierda se acerca a ella y la llama. Todo el número musical pianísimo.)

Música.

JULIO. Escúchame, Pepita:
quiero hablarte.

PEPITA. ¡Apartate de mí,
no he de escucharte,
que todo en tí
no más respira.
mentira!

JULIO. ¿A qué ponerte así,
a qué tu ira?

—

PEPITA. De tu víctima inocente,
¿qué deseas, vamos, dí?

JULIO. Vengo noblemente
pruebas de amistad a darte aquí.

—

PEPITA. ¡Que pronto me borraste
en tu corazón;
que pronto me dejaste
por otra mujer!

JULIO. Lo quiere así la suerte,
esa es la razón,
y dentro de mi pecho
no hay otro querer.

—

PEPITA. Esperando,
esperando que volvieras,
y a tu hijo conocieras,
¡cuanto pude padecer!
Esperando, sí,
que tú le vieras
y le dieras tu querer,
todo tu querer.

JULIO. Esperando,
esperando que el destino
no torciese mi camino,
en ti puse mi querer,
Esperando, sí,
que fueras mía...;
pero, al fin, no pudo ser.
¡Ay!, no pudo ser.

—

Mi padre no permite
que nos casemos,
mas a tu hijo
dotar podemos.
Fija tú misma
la cantidad,
que lo que tú pidas
se te dará.

PEPITA. Dale tu nombre;
no pido más.
¡Dale tu nombre!
(A un tiempo.)

JULIO. ¡Ah!
Esperando,
esperando que el destino
no torciese mi camino,
en ti puse mi querer.
Esperando...
esperando que algún día
ser tu esposo yo podría...;
pero, al fin, no pudo ser.

PEPITA. ¡Ah!
¡Qué desgraciada!
Al fin, mujer.
Dichosa ya en el mundo
no he de ser.
Esperando...,
esperando que volvieras

y a tu hijo conocieras,
¡cuánto pude padecer!

—

Durante el número, y en los momentos oportunos que se marcan en la parte de apuntar, sale el transpunte (Manolo) con el libreto en la mano y dice:

—Hagan el favor de callar, que estamos en la representación.

—¿Pero callan ustedes o no?

—¡Silencio, por Dios, que me están ustedes comprometiendo!

Hablado.

JULIO. Es decir, que tú y tus amigotes seguís queriendo guerra, ¿verdad?

PEPITA. Lo que mis amigos desean es mi bien; cosa que ni para tu hijo quieres tú.

JULIO. ¿Pero no te ofrezco dotarle?

PEPITA. ¿Y quién te ha pedido limosna?

JULIO. Sí que amas a tu hijo, sí.

PEPITA. Infinitamente más que tú. ¿Por qué no le das tu nombre como yo se lo he dado?

JULIO. Casándome contigo, ¿no es eso?

PEPITA. No harías más que cumplir tus juramentos.

JULIO. Ya te he dicho que eso de la boda es imposible. Y oye mi última palabra. Firmemos las paces, entregándote cinco mil pesetas de presente y obligándome en forma a costear la carrera a tu hijo.

PEPITA. (Que ve llegar a Andrés por detrás de Julio.) (¡Virgen del Carmen!)

JULIO. ¿Qué respondes a esto?

ESCENA VI

DICHOS, MANOLO, ANDRÉS, PEDRO, PEPE, CARMEN, MATILDE, ROSA, MARIANO, ESTUDIANTE 1.°, ANTONIO y MAQUINISTAS (cuatro).

ANDRÉS. Que es usted un canalla.

JULIO. (Volviéndose.) ¿Eh?...

PEPITA. (Corriendo al lado de su hermano.) ¡Andrés, por Dios!

ANDRÉS. ¡Un miserable al que voy a partir el corazón ahora mismo!

JULIO. Eso está por ver.

ANDRÉS. Pues vamos a verlo.

PEPITA. (Forcejeando con él para que no se pelee con Julio.) ¡Por Dios, Andrés! ¡Por la Virgen Santísima, Julio!

ANDRÉS. ¡Quita tú de ahí!

(La rechaza y se echa como una fiera sobre Julio, que tampoco cede.)

PEPITA. ¡Quietos, por lo que más queráis, quietos!

MANOLO. Pero, ¿qué ruido es este?

MARIANO. ¿Qué pasa?

EST. 1.° ¿Qué sucede?

PEPITA. ¡Separarlos, separarlos, por Dios!

(Los actores que salen a escena y cuatro maquinistas que acuden al ruido, separan, por fin, a los contendientes, que siguen resistiéndose.)

MATILDE. ¡Que no se entienden en escena!

PEPITA. ¡Ay, Virgen Santísima!

MANOLO.. ¡Silencio, silencio aquí!

ANDRÉS (Después que los separan.) ¡Nos veremos!

JULIO. ¡Ya lo creo que nos veremos.

MARIANO. ¡A la calle, a la calle con ese. (Por Julio.)

ANDRÉS. ¡Soltadme!

PEPITA. No, no le suelten ustedes.

(Se abraza a él.)

JULIO. ¡Cobardes!

MATILDE, ROSA, MARIANO y ESTUD. 1.° ¡Fuera, fuera ese!

(Los maquinistas se llevan a Julio por la derecha.)

MANOLO. ¡El telón, abajo el telón!

CARMEN. ¿Pero qué ha pasado aquí?

ANTONIO. ¿A qué viene este escándalo?

PEDRO. ¿Qué catástrofe ha sido ésta?

MATILDE. Que se han encontrado Julio Ferrer y Andrés.

PEPITA. ¡Ay, Carmen de mi alma!

PEPE. ¡Hasta los muertos salen de sus tumbas!

MANOLO. Hay que dar una explicación al público.

PEDRO. Y qué le decimos, y quién se lo dice.

PEPE. Yo; ya inventaré algo; no os preocupéis.

MANOLO. Pues vamos allá, y que aquí no se oiga una mosca.

(Se van por la izquierda, Pedro, Pepe y Manolo, los demás se van por la derecha, excepto Carmen, Pepita y Andrés que quedan en escena.)

CARMEN. ¿Pero qué ha sido eso, Andrés?

ANDRÉS. Perdóneme usted y que me perdonen todos, señorita Carmen, pero ese hombre le ofreció dinero a mi hermana y no me pude contener.

MANOLO. ¡Arriba el telón!

MARIANO. (Asomando la cabeza.) ¡Silencio!

PEPE. (Dentro.) Respetable público: un ataque nervioso sufrido entre bastidores por la señorita que desempeña el papel de Doña Brígida, ha motivado la

suspensión del espectáculo. Mil perdones por todo y me vuelvo a mi tumba, para que continue la representación en la misma escena en que hubimos de interrumpirla.

(Grandes aplausos.)

Se alza el telón y aparece la escena última del cuadro quinto del *Tenorio*, o sea D. Luis Mejía sobre un pedestal, en primer término izquierda, y D. Gonzalo de Ulloa, sobre otro pedestal en primer término derecha. Doña Inés, sentada en una banqueta detrás de su panteón y viendola el público de veras. Unos Estudiantes que están entre bastidores, tiran bolitas de papel al Comendador y otros hacen cosquillas a Don Luis.

PEDRO. (Vestido de *Tenorio*.)
Yo a nada tengo pavor:
tú eres el más ofendido;
mas si quieres, te convido
a cenar, Comendador.

QUINT. (Bajando del pedestal y dando la mano a Pedro.) ¡Se acepta, y muchísimas gracias, Juanito!

Grandes risas y aplausos; los Estudiantes invaden el escenario y cogen a Quintana, al que llevan en triunfo.

TELÓN DE CUADRO

CUADRO II

El Campo de Recreo.—Es de día.

ESCENA PRIMERA

Salen a escena al compás de la música y por el foro izquierda, por parejas, en el orden siguiente: PEPE CATUNIO y MATILDE, ANTONIO y CAROLINA, MANOLO y JUANA, MARIANO y ESTUDIANTE MUJER 1.ª, ESTUDIANTE HOMBRE 1.º y ESTUDIANTE MUJER 2.ª, ESTUDIANTE HOMBRE 2.º y ESTUDIANTE MUJER 3.ª, ESTUDIANTE HOMBRE 3.º y ESTUDIANTE MUER 4.ª, QUINTANA y ROSA.

(Estos formarán la primera fila y detrás de ellos, y por parejas también, salen los demás Estudiantes.—Coro general.—Todos con trajes de verano. Los hombres con sombrero de paja y las mujeres con mantilla blanca.)

Música.

HOMBRES. Desde que va la mujer
a las aulas a estudiar,
todos los días el sol
entra en la Universidad.

MUJERES. No por capricho va hoy
a las aulas la mujer,
va porque quiere, fiando en la ciencia,
ponerse del hombre a nivel.

TODOS. ¡Viva todo el que trabaja
en el campo y la ciudad!
¡Vivan la Ciencia y el Arte!
¡Viva la fraternidad!

Hablado.

QUINT. ¡Que nos alegre la vida Catunio!
TODOS. ¡Sí, sí!
PEPE. ¿Queréis que os cante la *Ramona?*
TODOS. ¡No!

PEPE. ¿La *Lola?*
TODOS. ¡No!
PEPE. ¿La *Cirila?*
TODOS. ¡No!
PEPE. Pues allá va la java del Pantopón.

Cantado.

PEPE. Por su primo se disloca
la *vedete* Marcelina,
y por eso toma coca...,
toma coca... cocaína.
Mas por miedo a que se atonte,
dícele su primo Antón:
Deja ya la coca y ponte...
TODOS. ¡Ponte panto-pón!
PEPE. Pantopón, pantopón,
pantopón que es una medicina
de las de cañón.
No hallarás, no hallarás,
no hallarás un estupefaciente
que te sirva más.
Con razón, con razón,
con razón el que le duele un diente
pide pantopón.
De apreciar su virtud
hoy tendrás ocasión,
no le temas al pinchazo nada.
Ponte en inyección
pantopón.

II

No hay esposo más celoso
que el marido de la Estrella,
y se pone muy furioso
si se fija un hombre en ella.

Y hoy al verle hecho un bisonte
ella dijo, con razón:
¡Ay, esposo mío!, ponte...
TODOS. ¡Ponte panto-pón!
PEPE. Pantopón.
Etc., etc.

Hablado.

PEPE. Ya estamos en el Campo de Recreo,
y por lo que yo veo
a dar el golpe vamos
con la fiesta escolar que celebramos.
En tan solemne día,
todo español será: nuestra alegría,
la sabrosa paella,
el clásico organillo,
la empolvada botella
de vetusto rioja o de pardillo,
las frases ingeniosas,
la crítica constante,
el divino perfume de las rosas
y la eterna inquietud del estudiante.
Todo español será: nada extranjero.
Se ha dicho al cocinero
que nada de ragú y otros guisotes,
y también sabe ya el organillero
que quedan desterrados los fostrotes.
El que quiera jugar, tenga presente
que el fútbol y el boxeo
hacen sombra al toreo,
y que darles de lado es lo prudente.
Pero a nadie se niega
que juegue, en cambio, a la gallina
[ciega,
juego el más español y el preferido
de los pro hombres que nos han re-
[gido.

O bien a policías y ladrones,
que, aunque es juego de todas las na-
[ciones,
afirmar no es patraña
que inventarlo debieron en España.
Reine en este momento
la más noble franqueza
el más puro contento;
rindamos pleitesía a la belleza,
honremos al talento.
Y en el trance más fuerte,
que nos pueda poner la mala suerte,
luchemos con tesón y bizarría,
hasta que, al fin, caigamos o triunfe-
[mos;
pero siempre gritemos...:
¡Vivan la juventud y la alegría!

TODOS. ¡¡Vivan!!
CAROLINA. ¡Bien por Catunio!
MUJERES. ¡Bravo!
MATILDE. ¡Sublime!
ROSA. ¡Colosal!
ANTONIO. ¿Pero todo eso ha salido de tu cabeza?
PEPE. Todo.
PEDRO. ¿Cuánto has tardado en hacerlo?
PEPE. Nada; es una ligera improvisación.
QUINT. ¡Mentira!
PEPE. ¡Oye, oye!; ¿cómo mentira?
QUINT. Se ha pasado tres noches sin dormir para hacer esa colección de fuegos artificiales; esa majadería a lo Nuñez de Arce.
CAROLINA. ¡Quintana!
PEPE. Lo que tú tienes es envidia.
QUINT. ¿Envidia de qué?
PEPE. De mi triunfo.
QUINT. ¡Eres un idiota!

PEPE. ¡Y tú un majadero!
QUINT. ¡Y tú un estúpido!
PEPE. ¡Y tú un ganso!
ANTONIO. ¡Señores, señores!
PEDRO. Está bonito que os insultéis así.
PEPE. Pero si esto es un juego.
CAROLINA. ¿Cómo un juego?
PEPE. El de las palabras cruzadas.
MANOLO. ¡Gracioso!
QUINT. (Le da un puntapie.)
PEPE. ¿A qué viene esto?
(Muy compungido.)
QUINT. Es la solución.
MATILDE De modo que el menu ha sido aprobado por la comisión organizadora.
PEDRO. Nada de aprobado; sobresaliente.
CAROLINA. Y la Orquesta, notable.
QUINT. Lo que ha probado la comisión es el vino...
MARIANO. ¿Nada más que aprobado?
QUINT. Déjame acabar. Digo que la comisión ha probado el vino y lo encuentra digno de premio.
MANOLO. Admirable.
ROSA. ¿De modo que aquí no hay suspensos como en la Universidad?
CAROLINA. Sí que los hay; se suspenden los brindis.
ANTONIO. Y las pítimas se reprueban.
PEPE. Pues yo pierdo el curso. En estas fiestas, lo clásico es emborracharse.
MATILDE. ¿Eres tú de los que les da por abrazar a las chicas?
PEPE. ¿Lo dices por pónerte a mi lado?
MATILDE. ¡Anda a paseo!
MANOLO. ¿Amoríos tenemos?
PEPE. No sé qué decirte; pero que la chica se da a partido, es cosa indudable.

MANOLO. ¿La has tocado ya en el corazón?
PEPE. Estoy por los alrededores

ESCENA II

DICHOS, PEPITA y ANDRÉS con un ramo de claveles rojos y amarillos. Después CARMEN.

CAROLINA. Aquí vienen Pepita y Andrés.
ANTONIO. ¿Por fin se decidieron ustedes a venir?
ANDRÉS. No ha habido más remedio. La señorita Carmen nos ha enviado a decir, que o veníamos de buen grado o iba ella por nosotros.
PEPITA. Y como la fiesta es en honor suyo...
PEPE. Por haber alcanzado el premio extraordinario en la licenciatura.
MANOLO. Ya está aquí Carmen Romero.
CAROLINA. ¡Viva Carmen Romero!
TODOS. ¡Viva!
QUINT. ¡Paso, paso, que voy a dirigirle mi salutación!
PEPE. ¿En verso?
QUINT. ¡En verso, sí señor!
PEPE. (Nos hemos caído.)
(Todos abren paso, formando calle y sale Carmen Romero con una mantilla blanca también.)
QUINT. Carmen Romero...
te saludo quitándome el sombrero.
PEPE. ¡Y yo!
PEDRO. ¡Y yo!
MANOLO. ¡Y yo!
MARIANO. ¡Y yo!
QUINT. ¡Silencio o no sigo!
PEPE. ¡No caerá esa breva!
MUJERES. ¡Que siga, que siga!
HOMBRES. ¡No, no!
CARMEN. Haced el favor de dejarle.

PEPE. (A Carmen.) Todo sea por ti. (A Quintana.) Puedes seguir.
QUINT. Gracias, Papiniano.
Carmencita Romero...,
te saludo quitándome el sombrero.
Y hecha ya la expresión de mi entu-
[siasmo,
me lo vuelvo a poner porque me
[pasmo.
Carmencita Romero,
adorable criatura,
que en la licenciatura
ha conquistado el galardón primero:
hoy demuestras a necios y follones,
con vagaje de honor a tus espaldas,
que tanto ante la Ciencia son las fal-
[das
como los pantalones.
Ya subiste a la cumbre
del monte, a cuyo arranque se han
[quedado
muchos que tu victoria han cele-
[brado,
como es aquí costumbre,
pero que están de envidia echando
[lumbre.
Adiós, Carmen, adiós; te felicito
en mi nombre y en nombre de Pepito.
Y si en esta hora crítica.
y para la política tan mala,
te da..., ¡no quiera Dios!, por la polí-
[tica,
no seas, aunque te aspen, concejala.
Carmencita Romero...,
torno al quita y al pon de mi som-
[brero.
TODOS. ¡Bravo, bravo!
(Aplauden.)

PEPE. ¡Qué berzas, digo qué versos!
QUINT. ¡Qué más quisieras tú, idiota!
CARMEN. Gracias, Quintana.
(Le da la mano.)
ANDRÉS. Señorita Carmen: permítame usted que le ofrezca este pobre recuerdo en nombre de Pepito.
(Le da el ramo.)
CARMEN. Gracias, Andrés, y gracias por haber venido Pepita.
PEPITA. Ya sabes que tu gusto es el mío.
CARMEN. ¿Y qué me cuentas de Julio?
PEPITA. Pues verás: es el caso que don Rufino Ferrer, su padre, que, como sabes, reside en un pueblo de Extremadura, tuvo hace ocho días la ocurrencia de ir a ver a su hijo que actualmente desempeña un Juzgado en la provincia de Avila.
CAROLINA. Llega el viejo a Madrid, y al cruzar la puerta de Atocha le alcanza un auto y a la Casa de Socorro con él.
PEPITA. Casa de Socorro en la que estaba de guardia nuestro amigo Antonio Parra, el cual, al enterarse de quién era el atropellado, en vez de enviarle al hospital lo llevó a casa, donde se le ha tenido el cuidado que merece, no como padre de Julio, pero sí como abuelo de Pepito.
CARMEN. ¿Y sabe que el pequeño es su nieto?
CAROLINA. Ya lo creo, y está loco con él.
CARMEN. ¡Magnífico, admirable, sorprendente!
QUINT. Y a ver a su hijo se fué don Rufino; pero prometió asistir a esta fiesta en honor de Carmen, y vendrá a pagar el champagne y los puros.
PEDRO. ¿No les parece a ustedes que mientras sacan la comida podíamos armar un bailecito?

MUJERES. ¡Sí, sí!
CARMEN. ¡Música, venga música!
CAROLINA. ¡Y venga baile!

Música.

Se forman las parejas y bailan todos mientras cantan.

CARMEN. La juventud no es quietud,
que es correr y saltar,
y con razón su ilusión
siempre ha sido bailar.
La juventud adorada
es divino tesoro,
que el viejo, con oro,
no puede comprar.
PEPE. No fué Merlín bailarín,
pero amaba el *sport*,
y a no dudar el bailar
fué su goce mayor.
Es un deber
el estudiar;
pero el que estudia bien puede tambien
bailar.
TODOS. Marca el compás con más cuidado,
porque este baile es muy delicado.

—

CARMEN. Español es el schotis castizo
que aquí bailo yo.
PEPE. Yo también muy a gusto lo bailo
por ser español.

—

HOMBRES. Venga de ahí.
MUJERES. ¿Qué sabes tú?

HOMBRES. ¡Fíjate en mí!
MUJERES. ¡No seas *manús!*

—

QUINT. ¡Ay, Catunio, Catunio, Catunio,
que el año que viene la *diñas* en junio!
PEPE. ¡Ay, Quintana, Quintana, Quintana,
te daba dos tortas de muy buena gana!
QUINT. ¡Embustero!
PEPE. ¡Te lo juro!
QUINT. ¡Que te quiero!
PEPE. Dame un duro.
CARMEN. No vengáis con salidas de tono,
que de esa manera
perdéis el compás.

—

TODOS. La juventud no es quietud.
Etc., etc.
CARMEN, QUINTANA Y PEPE. No fué Merlín bailarín.
Etc., etc.
TODOS. La juventud no es quietud,
y sin tregua camina
¡Oh, divina
juventud.

Hablado.

MANOLO. ¡Mirad lo que traen ahí!
(Salen dos mozos: uno con una gran bandeja llena de vasos y otro con una jarra grande de Talavera y un cazo con el que echa sangría en los vasos.)
CARMEN. ¡Bien por la Comisión!
QUINT. (Todos con tono enfático, como si estuvieran representando aún el *Tenorio.*) ¿Qué es esto, por vida mía?

PEDRO. ¡Sangría!
PEPE. Probarla ya deseamos.
MANOLO. Bebamos.
MARIANO. ¿Clásica española es?
PEDRO. ¡Pues!
PEPE. ¡No es aperitivo inglés,
pero entre todos descuella!
QUINT. ¡Mientras sacan la paella,
sangría bebamos, pues!
PEDRO. Repito, me ha entusiasmado.
ANTONIO. ¡Cuidado!
MANOLO. ¡Nos asustas sin razón!
ANTONIO. ¡Con!
MARIANO. ¿Puede un hombre envenenarse?
ANTONIO. ¡Achisparse!
PEPE. Amigos, no hay que achicarse,
que es bebida superior.
QUINT. Limpia, fija y da esplendor.
ANTONIO. *¡Cuidado con achisparse!*
CARMEN. De nada el miedo me priva. (Bebe.)
HOMBRES. ¡Viva!
CAROLINA. Bálsamo es para el dolor.
PEDRO. ¡Lo mejor!
MATILDE. En que esto es la gloria abundo.
QUINT. ¡Del mundo!
PEPE. Y afirmemos en rotundo
que si bueno es el beber,
aún es mejor la mujer.
HOMBRES. *¡¡Viva lo mejor del mundo!!*
(Señalando a las mujeres.)

ESCENA III

DICHOS, DON RUFINO FERRER.

D. RUFINO. Señores ..
PEPITA. ¡Don Rufino Ferrer!
D. RUFINO. El mismo, que viene a cumplir la palabra que dió a sus amigos.

QUINT. A pagar el champagne y los puros.
CARMEN. ¡Quintana!
QUINT. ¿Pero no lo ofreció así?
D. RUFINO. Lo ofrecí y por eso he venido. Bueno, no he venido sólo por eso. Y puesto que la fiesta que aquí se celebra es, si mal no recuerdo, en honor de esta señorita, a ella me dirijo como la más genuína representación de la clase estudiantil.
CARMEN. Usted dirá, don Rufino.
D. RUFINO. Señorita, ¿quiere usted hacerme el favor de pedir, en nombre mío, al joven Andrés Martínez, aquí presente, la mano de su hermana Pepita para mi hijo Julio?
QUINT. ¡Concedida!
PEPITA. ¡Carmen de mi alma!
(Se abraza a ella.)
CARMEN. ¡Gracias, don Rufino!
ANDRÉS. ¡Dios le bendiga!
(Los dos estrechan la mano a don Rufino.)
PEPE. ¿Pero quién te mete a ti?...
QUINT. ¿A que no se la niega?
D. RUFINO. Y allí tienes al padre de tu hijo, Pepita; corre a darle tu perdón, que sin él no se atreve a presentarse ante esta noble juventud.
CARMEN. ¡Viva don Rufino!
TODOS. ¡Viva!
D. RUFINO. ¡Viva la alegre juventud!
TODOS. ¡Viva!

Música.

TODOS. Mujeres,
mujeres hay que cumplen sus deberes
y estudian,

y encuentran en la Ciencia mil place-
[res.
MUJERES. Mujeres,
mujeres siempre esclavas del amor.
HOMBRES. Mujeres,
mujeres la obra magna del Creador.

TELÓN